

Elias Canetti

Masa y poder



El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

Título original: *Masse und Macht*
Traducción de Horst Vogel

Primera edición: 1983
Tercera edición: 2013
Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Concentración nazi (Nuremberg, 12.09.1937)* (detalle)
© Australian Archives / Corbis / Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1960 by Claasen Verlag, Hamburg
© de la traducción castellana: Muchnik Editores, S. A., Barcelona, 1977 y 1981
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-1104-4
Depósito legal: M. 38.861-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 La masa
- 13 Inversión del temor a ser tocado
- 15 Masa abierta y cerrada
- 17 La descarga
- 20 Impulso de destrucción
- 22 El estallido
- 26 El sentimiento de persecución
- 28 Domesticación de las masas en las religiones universales
- 31 Pánico
- 34 La masa como anillo
- 35 Las propiedades de la masa
- 38 Ritmo
- 44 Estancamiento
- 51 Lentitud o la lejanía de la meta
- 53 Las masas invisibles
- 64 Clasificación según la dominante afectiva
- 65 Masas de acoso
- 72 Masas de fuga
- 76 Masas de prohibición
- 79 Masas de inversión
- 86 Masas festivas
- 87 La doble masa: hombres y mujeres. Vivos y muertos
- 95 La doble masa: la guerra
- 104 Cristales de masa
- 107 Símbolos de masa

- 131 La muta
- 131 Muta y mutas
- 138 La muta de caza
- 140 La muta de guerra
- 147 La muta de lamentación
- 153 La muta de multiplicación
- 162 La comunión
- 164 La muta interna y la silenciosa
- 167 La determinación de las mutas. Su constancia histórica
- 169 Mutas en las leyendas ancestrales de los aranda
- 175 Formaciones de hombres entre los aranda

- 180 Muta y religión
- 180 La inversión de las mutas
- 182 Selva y caza entre los lele de Kasai
- 189 El botín de guerra entre los jíbaros
- 194 Las danzas de la lluvia de los indios pueblo
- 197 Dinámica de la guerra: El primer muerto. El triunfo
- 202 El islamismo como religión de guerra
- 205 Religiones de lamentación
- 209 La fiesta del muharram de los chíes
- 222 Catolicismo y masa
- 228 El fuego sagrado de Jerusalén

- 239 Masa e historia
- 239 Símbolo de masa de las naciones
- 255 La Alemania de Versalles
- 261 Inflación y masa
- 269 La esencia del sistema parlamentario
- 273 Reparto y multiplicación. Socialismo y producción
- 277 La autodestrucción de los xosas

- 288 Las entrañas del poder
288 Asir e incorporar
301 La mano
313 Sobre la psicología del comer
- 321 El superviviente
321 El superviviente
323 Supervivencia e invulnerabilidad
326 Sobrevivir como pasión
328 El poderoso como superviviente
333 La salvación de Flavio Josefo
344 Aversión de los jefes contra los supervivientes. Soberanos y sucesores
350 Las formas de la supervivencia
357 El superviviente en las creencias de los pueblos primitivos
373 Los muertos como supervivientes
389 Epidemias
393 Acerca del sentimiento de cementerio
395 Sobre la inmortalidad
- 398 Elementos del poder
398 Fuerza y poder
400 Poder y rapidez
404 Pregunta y respuesta
411 El secreto
421 Sentenciar y enjuiciar
423 El poder del perdón. La gracia
- 426 La orden
426 La orden: fuga y aguijón
432 La domesticación de la orden
434 Contragolpe y miedo de mando

- 436 La orden a muchos
- 439 Espera de órdenes
- 442 Espera de órdenes de los peregrinos en Arafat
- 444 Aguijón-orden y disciplina
- 446 Orden. Caballo. Flecha
- 450 Emasculaciones religiosas: los skoptsy
- 454 Negativismo y esquizofrenia
- 459 La inversión
- 463 La disolución del aguijón
- 467 Orden y ejecución. El verdugo satisfecho
- 469 Orden y responsabilidad
-
- 472 La metamorfosis
- 472 Presentimiento y metamorfosis entre los bosquimanos
- 480 Metamorfosis de fuga. Histeria, manía y melancolía
- 489 Automultiplicación y autoingestión. La doble figura del tótem
- 505 Masa y metamorfosis en el *delirium tremens*
- 522 Imitación y simulación
- 527 El personaje y la máscara
- 534 La desconversión
- 536 Prohibiciones de metamorfosis
- 543 Esclavitud
-
- 545 Aspectos del poder
- 545 De las posiciones del hombre: lo que contienen de poder
- 556 El director de orquesta
- 560 Gloria
- 561 La ordenación del tiempo
- 564 La corte
- 566 El tronco creciente del emperador de Bizancio
- 567 Ideas de grandeza de los paralíticos

577	Poderío y paranoia
577	Reyes africanos
597	El sultán de Delhi: Muhammad Tughlak
613	El Caso Schreber. Primera parte
634	El Caso Schreber. Segunda parte
655	Epílogo
665	Notas
677	Bibliografía

La masa

Inversión del temor a ser tocado

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que le agarra; le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. De noche o a oscuras, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: qué fácil es desgarrarla, qué fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido.

Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. Uno se encierra en casas en las que nadie debe entrar y sólo dentro de ellas se siente medianamente seguro. El miedo al ladrón se configura no sólo como un temor a la rapiña, sino también como un temor a ser tocado por algún repentino e inesperado ataque procedente de las tinieblas. La mano, convertida en garras, vuelve a utilizarse siempre como símbolo de tal miedo.

Mucho de ello ha pasado a formar parte del doble sentido de la palabra «agarrar». Tanto el contacto más inofensivo como el ataque más peligroso están ambos contenidos en ella, y siempre hay cierta influencia de lo último en lo primero. El sustantivo «agresión» se ha reducido, sin embargo, sólo al sentido peyorativo del término.

Esta aversión al contacto no nos abandona tampoco cuando nos mezclamos con la gente. La manera de movernos en la calle, entre muchos hombres, en restaurantes, en ferrocarriles y autobuses, está dictada por este temor. Incluso cuando nos encontramos muy cerca unos de otros, cuando podemos contemplar a los demás y estudiarlos detenidamente, evitamos en lo posible entrar en contacto con ellos. Si actuamos de otra manera sólo es porque alguien nos ha caído en gracia y entonces el acercamiento parte de nosotros mismos.

La rapidez con que nos disculpamos cuando entramos involuntariamente en contacto con alguien, la ansiedad con que se esperan esas disculpas, la reacción violenta y, a menudo incluso cuando no hay contacto, la antipatía y el odio que se sienten por el «malhechor», aunque no haya modo de estar seguro de que lo sea, todo este nudo de reacciones psíquicas en torno al ser tocado por lo extraño, en su extrema inestabilidad e irritabilidad, demuestra que se trata de algo muy profundo que nos mantiene en guardia y nos hace susceptibles de un proceso que jamás abandona al hombre una vez que ha establecido los límites de su persona. Incluso el sueño, que nos vuelve mucho más inermes, es demasiado fácil de turbar por esta clase de temor.

Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto. Se trata de la única situación en la que este temor se convierte en su contrario. Es esta *densa* masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha contra

otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta atención a quién es el que le «estrecha» a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa, no teme su contacto. En este caso ideal todos son iguales entre sí. Ninguna diferencia cuenta, ni siquiera la de los sexos. Quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a uno mismo. Se le percibe de la misma manera en que uno se percibe a sí mismo. De pronto, todo acontece como *dentro de un cuerpo*. Acaso sea ésta una de las razones por las que la masa procura estrecharse tan densamente: quiere desembarazarse lo más perfectamente posible del temor al contacto de los individuos. Cuanto mayor es la vehemencia con que se estrechan los hombres unos contra otros, tanto mayor es la certeza con que advierten que no se tienen miedo entre sí. Esta *inversión del temor a ser tocado* forma parte de la masa. El alivio que se propaga dentro de ella (y que será tratado en otro contexto) alcanza una proporción notoriamente elevada en su densidad máxima.

Masa abierta y cerrada

Una aparición tan enigmática como universal es la de la masa que de pronto aparece donde antes no había nada. Puede que unas pocas personas hayan estado juntas, cinco, diez o doce, solamente. Nada se había anunciado, nada se esperaba. De pronto, todo está lleno de gente. De todos los lados afluyen otras personas como si las calles tuviesen sólo una dirección. Muchos no saben qué ocurrió, no pueden responder a ninguna pregunta; sin embargo, tienen prisa de estar allí donde se encuentra la mayoría. Hay una decisión en sus movimientos que se diferencia muy bien de la

manifestación de una curiosidad habitual. Se piensa que el movimiento de unos contagia a los otros, pero no es sólo eso, falta algo más: tienen una meta. Antes de que hayan encontrado palabras para ello, la meta pasa a ser la zona de mayor densidad, el lugar donde hay más gente reunida.

Hay que decir algo más de esta forma extrema de espontaneidad de la masa. Allí donde se origina, en su mismo núcleo, no es tan espontánea como parece. Pero en el resto, si prescindimos de las cinco, diez o doce personas a partir de las cuales se originó, sí lo es. Desde el momento en que se hace consistente desea aumentar su consistencia. El ansia de crecimiento es la primera y suprema característica de la masa. Quiere integrar en ella a todo aquel que se pone a su alcance. Todo ser con forma humana puede formar parte de ella. La masa natural es la masa *abierta*, cuyo crecimiento no tiene límites prefijados. No reconoce casas, puertas ni cerraduras; quienes se encierran se convierten en sospechosos. «Abierta» debe entenderse aquí en sentido amplio; lo es por todas partes y en cualquier dirección. La masa abierta existe mientras crece. Su desintegración comienza apenas ha dejado de crecer.

Porque con la misma rapidez con la que se constituyó, la masa se desintegra. En esta forma espontánea es una configuración frágil. Su apertura, que le posibilita el crecimiento, es, al mismo tiempo, su peligro. Siempre permanece vivo en ella el presentimiento de la desintegración que la amenaza. Mediante un aumento acelerado intenta escapársele. Mientras puede lo incorpora todo; pero como lo incorpora todo, tiene que desintegrarse.

En oposición a la masa abierta que puede crecer hasta el infinito, que está por todas partes y que precisamente por eso reclama un interés universal, está la masa *cerrada*.

Ésta renuncia al crecimiento y pone su mira principal en la perduración. Lo que primero llama en ella la atención es el *límite*. La masa cerrada se establece, se crea su lugar limitándose; el espacio que llenará le es señalado. Es comparable a un cántaro en el que se vierte líquido: se sabe siempre cuánto líquido puede aceptar. Se hallan vigilados los accesos a su propio espacio; en ella no puede ingresarse de cualquier manera. El límite se respeta. Puede que sea de piedra, de sólidos muros. Quizá se requiera un determinado acto de recepción; quizá haya que aportar determinada cantidad para ingresar. Una vez que el espacio está lleno con la densidad deseada, no se admite a nadie más. Incluso si se supera el cupo de admisión, la masa densa en el espacio cerrado continúa siendo lo más importante; quienes han permanecido fuera no pueden realmente formar parte de ella.

El límite impide un aumento desordenado pero dificulta y retarda la desintegración. La masa gana en estabilidad lo que sacrifica de posibilidad de crecimiento. Se halla protegida de influencias externas que podrían serle hostiles y peligrosas. Pero cuenta además y especialmente con la *repetición*. Ante la perspectiva de volver a reunirse, la masa supera una y otra vez su disolución. El edificio la espera, está allí por ella y, mientras esté, se volverá a encontrar reunida de la misma manera. El espacio le sigue perteneciendo aun en la bajamar y, en su vacío, le recuerda el período de pleamar.

La descarga

El acontecimiento más importante que se desarrolla en el interior de la masa es la *descarga*. Antes de esto, a decir verdad,

la masa no existe, hasta que la descarga la integra realmente. Se trata del instante en el que todos los que pertenecen a ella quedan despojados de sus diferencias y se sienten como *iguales*.

Entre estas diferencias, debe hacerse especial hincapié en las impuestas desde fuera: diferencias de rango, posición y propiedad. Los hombres en tanto que individuos son siempre conscientes de tales diferencias, que descargan su peso sobre ellos y los mantienen claramente separados. El hombre se sitúa seguro en un lugar determinado y mantiene alejado a todo lo que se acerca con eficaces gestos judiciales. Como un molino de viento sobre una extensa llanura, así se encuentra el hombre de pie, expresivo y en movimiento; hasta el próximo molino no hay nada. Toda vida como él la conoce está hecha de distancias: la casa en que encierra su propiedad y su persona, el puesto que ocupa, el rango al que aspira, todo sirve para crear, para afianzar y aumentar *distancias*. La libertad se ve coartada en el momento en que existe un movimiento de mayor profundización hacia la otra persona. Impulsos y respuestas quedan embebidos como en un desierto. Nadie puede llegar a las cercanías, nadie alcanza las alturas del otro. Jerarquías sólidamente establecidas en todos los ámbitos de la vida impiden el intento de llegar hasta los superiores, de inclinarse hacia los inferiores, a no ser para guardar las apariencias. En sociedades diversas estas distancias están recíprocamente equilibradas de manera distinta. En algunas se hace hincapié sobre las diferencias de origen, en otras sobre las de la ocupación o propiedad.

No corresponde aquí caracterizar en detalle estas jerarquías. Lo esencial es que están ahí, en todas partes, que en todas partes anidan en la conciencia de los hombres y que

determinan de manera decisiva su comportamiento con los demás. La satisfacción de estar por encima de otros en la jerarquía no compensa la pérdida de libertad de movimientos. En sus distancias el hombre se hace más rígido y hosco. Soporta estas cargas y no avanza. Olvida que él mismo se las ha impuesto y anhela una liberación de ellas. Pero, ¿cómo ha de liberarse solo? Haga lo que haga para conseguirlo y por muy decidido que esté, sigue inmerso entre los demás, que malogran su esfuerzo. Mientras ellos mantengan sus distancias, no puede aproximarse a ellos.

Sólo todos juntos pueden liberarse de sus cargas de distancia. Eso es exactamente lo que ocurre en la masa. En la *descarga*, se desechan las separaciones y todos se sienten *iguales*. En esta densidad, donde apenas hay hueco entre ellos, donde un cuerpo se oprime contra otro, uno se encuentra tan cercano al otro como a sí mismo. Así se consigue un enorme *alivio*. En busca de este instante feliz, en que ninguno es *más*, ninguno mejor que otro, los hombres se convierten en masa.

Pero el momento de la descarga, tan anhelado y tan feliz, comporta un peligro particular. Padece de una ilusión básica: los hombres, que de pronto se sienten iguales, no han llegado a serlo de hecho y para siempre. Vuelven a sus casas separadas, se acuestan en sus propias camas. Conservan su propiedad, no renuncian a su nombre. No repudian a los suyos; no escapan a su familia. Sólo en casos de cambios especiales y muy serios hay hombres que rompen viejas ataduras y contraen otras nuevas. A tales lazos, que por su naturaleza sólo pueden admitir un número limitado de miembros y deben asegurar su existencia mediante estrictas reglas, los denomino cristales de masa. Acerca de su función trataré posteriormente de manera exhaustiva.

La masa misma, en cambio, se desintegra. Siente que acabará desintegrándose. Teme su descomposición. Sólo puede subsistir si el proceso de descarga continúa debido al aporte de nuevos elementos humanos. Sólo el *incremento* de la masa impide a sus componentes tener que someterse otra vez a sus cargas privadas.

Impulso de destrucción

Se habla a menudo del impulso de destrucción de la masa; es lo primero en ella que salta a la vista y se puede advertir que se encuentra en todas partes, en los países y las culturas más variadas. Si bien se trata de un hecho comprobable que se desaprueba, jamás se explica satisfactoriamente.

Preferiblemente la masa destruye casas y cosas. Ya que muchas veces se trata de objetos frágiles como cristales, espejos, jarrones, cuadros, vajilla, se tiende a creer que sería justamente esta fragilidad de las cosas lo que incita a la masa a la destrucción. Bien es verdad que el ruido que produce la destrucción, el fragor de la vajilla o el de los escaparates hechos añicos, contribuye en buena medida a su encanto: son los vigorosos vagidos de una nueva criatura, los gritos de un recién nacido. Que sea tan fácil provocarlos aumenta su popularidad; todo grita al unísono y el tintinear es el aplauso de las cosas. Una particular necesidad de este tipo de estruendo parece existir al comienzo de los acontecimientos, cuando la masa está todavía compuesta por un número bastante reducido de elementos y cuando no ha sucedido aún casi nada. El rumor promete el anhelado refuerzo y es un feliz presagio de lo que sucederá a continuación. Pero sería erróneo creer que la facilidad de romper objetos es el

hecho decisivo. Se ha comenzado con esculturas de dura piedra y no se ha cejado hasta dejarlas mutiladas e irreconocibles. Los cristianos destruyeron las cabezas y los brazos de dioses griegos. Reformadores y revolucionarios hicieron bajar de su pedestal las imágenes de los santos, a veces desde alturas consideradas como de peligro mortal, y más de una vez la piedra que se procuraba triturar era tan dura que no se conseguía destrozarla por completo.

La destrucción de imágenes que representan algo es la destrucción de una jerarquía que ya no se reconoce. Se atacan así las distancias habituales, que están a la vista de todos y rigen por doquier. La expresión de su permanencia era su dureza, han existido desde hace mucho tiempo, desde siempre, según se cree, erguidas e inamovibles; y era imposible aproximarse a ellas con intención hostil. Ahora están caídas y quedaron hechas escombros. La *descarga* se ha consumado en este acto.

Pero no siempre se llega tan lejos. La destrucción de tipo corriente, de la que se hablaba al comienzo, no es sino un ataque a todos los *límites*. Ventanas y puertas pertenecen a casas, son la parte más delicada de su limitación hacia el exterior. Destrozadas las puertas y las ventanas, la casa ha perdido su individualidad. Entonces, cualquiera puede entrar a su gusto, nada ni nadie está protegido dentro de ellas. Por lo común, en estas casas están metidos los hombres que pretenden excluirse de la masa, sus enemigos. Ahora se ha destruido lo que los separa. Entre ellos y la masa no hay nada. Pueden salir y sumarse a ella. Se les puede pasar a buscar.

Pero, aún hay más. El mismo ser singular tiene la sensación de que en la masa sobrepasa los límites de su persona. Se siente aliviado, ya que todas las distancias que lo volvían a sí mismo y lo encerraban en sí quedan abolidas. Al levantar

las cargas de distancia se siente libre y su libertad le empuja a sobrepasar esas fronteras. Lo que le sucede también ha de suceder a los otros y espera lo mismo de ellos. Le irrita que en un jarrón de gres todo sean límites. De una casa le molestan las puertas cerradas. Ritos y ceremonias, todo lo que mantiene distancias, le amenaza y le resulta insoportable. Se intentará volver a llevar la masa fragmentada a esos recipientes preformados. Ella odia sus futuras prisiones que siempre le fueron cárceles. A la masa desnuda todo le parece la Bastilla.

El más impresionante de todos los medios de destrucción es el *fuego*. Es visible a gran distancia y atrae a otras personas. Destruye de manera irremediable. Nada, después de un incendio, es como fue antes. La masa que incendia se cree irresistible. Se le va incorporando todo mientras el fuego avanza. Todo lo hostil será exterminado por él. Es, como se verá posteriormente, el símbolo más vigoroso que existe para la masa. Después de toda destrucción, el fuego, como la masa, debe extinguirse.

El estallido

La masa *abierta* es la masa propiamente dicha que se abandona libremente a su natural impulso de crecimiento. Una masa abierta no tiene una sensación o visión clara de la magnitud que puede llegar a alcanzar. No se atiene a ningún edificio que le sea conocido y que haya que llenar. Su medida fija no está establecida, quiere crecer hasta el infinito, y lo que para ello necesita son más y más hombres. Es en este estado primitivo cuando la masa llama más la atención. A pesar de todo, conserva algo de excepcional, y el hecho de

que siempre acabe por desintegrarse hace que no se la tome muy en serio. Quizás habría seguido siendo contemplada con muy poca seriedad si el enorme aumento de la población en todas partes y el acelerado crecimiento de las ciudades, que caracterizan nuestros tiempos modernos, no hubiesen dado ocasión cada vez más a menudo a su formación.

Las masas *cerradas* del pasado, de las que se hablará más adelante, se habían convertido todas en instituciones familiares. El peculiar estado en el que solían caer sus participantes parecía algo natural; siempre se reunían con un fin determinado, fuese de tipo religioso, festivo o bélico, y el fin parecía justificar tal estado. Quien asistía a un sermón, convencido de buena fe de que lo importante era el sermón, se habría mostrado sorprendido e incluso quizás indignado si alguien le hubiese explicado que lo que le causaba satisfacción era el gran número de oyentes más que el sermón mismo. Todas las ceremonias y reglas características de tales instituciones buscan en el fondo *interceptar* a la masa: más vale una iglesia segura, rebosante de fieles, que el incierto mundo en su totalidad. En la regularidad de la ida a la iglesia, en la familiar y exacta repetición de ritos precisos, se le garantiza a la masa algo así como una vivencia domesticada de sí misma. La realización de tales quehaceres en tiempos establecidos se convierte en sucedáneo de necesidades de índole más dura y violenta.

Quizá tal especie de organizaciones habría bastado si el número de hombres hubiese permanecido más o menos estable. Pero las ciudades crecían sin parar, el aumento de la población en los últimos cien años avanzaba con creciente celeridad. Con ello se daban asimismo todos los estímulos necesarios para la formación de masas nuevas y mayores, y nada, ni siquiera una jefatura más experimentada y refinada,

habría sido capaz de evitar este acontecimiento en tales circunstancias.

Todas las sublevaciones contra un ceremonial tradicional de que nos habla la historia de la religión tienen como objetivo acabar con la limitación de la masa que por fin quiere volver a sentir su crecimiento. Piénsese, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña del Nuevo Testamento: se desarrolla al aire libre, pueden escucharlo millares y, no cabe duda al respecto, va dirigido contra el manejo de las ceremonias limitadas del templo oficial. Piénsese en la tendencia del cristianismo paulino a evadirse de los límites nacionales y tribales del judaísmo y a convertirse en una fe universal para todos los hombres. Piénsese en el desdén del budismo por el sistema de castas de la India de aquel entonces.

También la historia *interna* de las respectivas religiones es rica en acontecimientos de contenido semejante. Templo, casta e iglesia son siempre límites demasiado estrechos. Las cruzadas conducen a formaciones de masas de una magnitud tal que ningún edificio eclesiástico de entonces habría podido contenerlas. Ciudades enteras se convierten más tarde en espectadores de los manejos de los flagelantes, y éstos extienden su fama trasladándose de ciudad en ciudad. Wesley, todavía en el siglo XVIII, basa su movimiento en los sermones al aire libre. Es muy consciente de la significación de sus enormes masas de oyentes, y llega incluso a hacer la cuenta en su diario: cuántos podrán haberle escuchado en tal ocasión. El estallido fuera de los habituales locales cerrados tiene sentido cada vez que la masa quiere recuperar su antiguo placer por el crecimiento repentino, rápido e ilimitado.

Por *estallido* denomino, pues, la repentina transición de una masa *cerrada* a una *abierta*. Este proceso es frecuente;

sin embargo, no debe pensársele en un sentido demasiado espacial. Con frecuencia da la impresión de que una masa no cabe en los límites de un espacio en el que estaba bien guardada, y se extiende por la plaza y por las calles de una ciudad, donde, atrayendo y expuesta a todo, se mueve libremente. Pero, más importante que este proceso externo es el interno que le corresponde: la insatisfacción por la limitación del número de los participantes, la repentina determinación de *atraer*, la decisión pasional de alcanzar a *todos*.

A partir de la Revolución francesa, estos estallidos han ido adquiriendo una forma que percibimos como moderna. Quizá porque la masa se ha liberado en tal medida de las religiones tradicionales, nos resulta más fácil, a partir de entonces, verla desnuda, es decir, biológicamente, sin las inyecciones de sentido y metas trascendentes con que antes se dejaba vacunar. La historia de los últimos ciento cincuenta años se ha agudizado en un acelerado incremento de tales estallidos; incluso las guerras se han convertido en guerras de masas. La masa ya no se conforma con piadosas condiciones y promesas, quiere experimentar ella misma el supremo sentimiento de su potencia y pasión salvajes, y, para este fin, siempre vuelve a utilizar lo que le brindan las ocasiones y las exigencias sociales.

Es importante establecer de una vez por todas que la masa nunca se siente satisfecha. Mientras exista un hombre no incluido en ella, muestra apetito. Que siguiese mostrándolo una vez incorporados en ella *todos* los hombres, nadie puede afirmarlo con certeza, pero es incluso muy probable. Sus intentos de *perdurar* tienen algo de impotencia. El único camino en que tiene posibilidades de sobrevivir reside en la formación de masas dobles, donde, después, una masa mide su potencia con la otra. Cuanto más se aproximen éstas en